

Francisco Uzcanga Meinecke

¿QUÉ SE DEBE A ESPAÑA?

La polémica que dividió a la Europa de la Ilustración

Libros  del K.O.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
LA CARTA DE OLÍAS DEL REY	13
EL EMBARGO	24
EL PROYECTO MÁS AMBICIOSO DEL SIGLO	35
LOS NIÑOS DE LA INCLUSA	47
LA CAPA RAÍDA	60
EL GORRIÓN EN LA BOMBA DE AIRE	70
EL PINTOR Y SU MECENAS	83
CANÍCULA	93
SILENCIO	106
DOS REUNIONES	118
AUTO DE FE	129
LAS OBSERVACIONES DEL BOTÁNICO	141
LOBOS	153
CURIOSOS IMPERTINENTES	164
LA LEY DE PRENSA	177
UN VENGADOR ELOCUENTE	188
EL QUIJOTE PERIODISTA	201
EL CUMPLEAÑOS DEL REY	213
POLÍTICA CULTURAL	226

VENENO DULCE	238
EL FACTOR HUMANO	249
EN BUSCA DE CAÑUELO	260
GLADIADORES ILUSTRADOS	273
COLETAZO	284
EPÍLOGO	296
CUADRO CRONOLÓGICO	299
GLOSARIO DE PERSONAJES	303
BIBLIOGRAFÍA	313

PRÓLOGO

El episodio recuerda a la bola de nieve que provoca un alud. Sucedió a finales del siglo XVIII, durante los últimos años del reinado de Carlos III y en vísperas de la Revolución francesa. El artículo de una enciclopedia causó una crisis diplomática entre Madrid y París que acabó resonando en la lejana Prusia. Y en el propio país desencadenó una polémica, primero cultural y luego ideológica, que se llevó a cabo de forma virulenta: los tradicionalistas se convirtieron en «rancios» y los reformistas en «felones». Fue un avance de la lucha fratricida entre absolutistas y liberales unas décadas después. Y, si se quiere, el germen de las dos Españas, esa rémora que no acaba nunca.

La crónica de esta polémica es, al mismo tiempo, la de un periódico: *El Censor*. No muy conocido, a pesar de haber sido el causante de la primera ley de prensa promulgada en el país. El primero también en acopiar la carga subversiva suficiente para ser secuestrado por las autoridades civiles y condenado por la Inquisición. Un semanario que inauguró en España el periodismo crítico, independiente y comprometido: el periodismo que incordia. Y que, muy a su pesar, se vio involucrado en la polémica y acabó siendo su principal víctima. Estas páginas son también un intento de rescatar su labor.

Y son, por último, un fresco —incompleto y personal— de aquella época. El siglo XVIII sigue arrastrando lacras como las de «totalitarismo ilustrado» y «perversión de la razón». Pero en él se sientan las bases de las democracias occidentales; se proclaman principios universales e ideales universalistas, se extienden las fronteras mentales, surge el concepto de ciudadano del mundo y se habla de cosas tan loables como solidaridad, libertad e igualdad. Y se alientan además el sentido crítico, el escepticismo y la ironía, tan saludables para el intelecto. Creo que la Ilustración merece un reconocimiento, al menos un recordatorio. Ahora que aparecen tantos nubarrones en el horizonte.

LA CARTA DE OLÍAS DEL REY

Empezamos con una escena ficticia pero verosímil. Una licencia literaria para sumergirnos en los años de esta crónica. Entramos en una librería de Madrid. Está en penumbra, pero se distingue a dos personas. A un hombre de sotana oscura que hojea un cuadernillo junto al mostrador. Y a otro que, subido a una escalerilla, trata de encajar un libro en uno de los estantes superiores. No resulta fácil; el libro es grueso y el hueco estrecho. El hombre de sotana se quita las lentes y achina los ojos para identificar el título del libro que ahora, poco a poco, va entrando en su nicho. Pero no hay suficiente luz.

El librero baja de la escalerilla, la pliega cuidadosamente, observa al cliente y cruza los brazos. El hombre de sotana saca unas monedas del bolsillo, aparta dos de ellas y las pone sobre la madera negruzca. El librero las mira en silencio, se da la vuelta y abre la contraventana. La estancia se ilumina. Es angosta y de techo alto. Encima del mostrador se agolpan cuadernillos, folletos y papeles sueltos. La sotana adquiere un tono marrón castaño. Su dueño carraspea y juguetea con las lentes. Toma el cuadernillo, acaricia el papel rugoso, inclina levemente la cabeza y abandona la librería con gesto solemne.

Fuera hace viento. El hombre de sotana se sube el cuello de lienzo y se aprieta el fajín. Avanza con paso resuelto hacia una fuente coronada por la estatua de una mujer. Unos aguadores sumergen cubas y baldes, un mendigo apoyado en el pilón exhibe el muslo desnudo cruzado por una herida abierta. El hombre de sotana deja atrás la fuente, rompe el corro de unos niños que juegan a las tabas, pasa por delante de un ciego que pregona almanaques, enfila una bocacalle, sortea un carronato que le viene de frente, esquiva un barrullo delante de un puesto de lotería y se detiene frente a un caserón sobrio y rectangular.

Esta escena pudo haber sucedido en vísperas de la Nochebuena de 1781. Aún no existía el sorteo especial de navidad, pero en fechas así los madrileños se apiñaban ante los puntos de venta de boletos. El principal estaba en la sede misma de la Real Lotería, en la plaza de San Ildefonso. Repartidos por el resto de la ciudad había más de cuarenta, muchos de ellos en las inmediaciones de la Puerta del Sol. La lotería no dejaba de crecer en sus casi veinte años de vida. La fórmula importada de Nápoles era simple y efectiva: un impuesto voluntario destinado a un fin loable. En el decreto fundacional de septiembre de 1763 el rey Carlos III ya anunció establecer la lotería «para que se convierta en beneficio de hospitales, hospicios y otras obras pías y públicas en que se consumen anualmente muchos caudales de mi Real Erario».

En realidad, solo el quince por ciento de lo que correspondía al estado se destinaba a la beneficencia: a paliar la vida precaria de mendigos, mutilados, mujeres repudiadas y niños abandonados. Pero los premios eran tentadores. En ese último sorteo del año 1781 ascendían a más de doscientos sesenta mil reales. Una suma muy estimable si tenemos en cuenta

que el salario medio oscilaba entre los mil reales anuales de un peón albañil, los dos mil de un capellán y los tres mil quinientos de un administrador.

Especialmente proclives al señuelo del premio eran los forasteros que iban llegando en masa a la capital. Les solucionarían de golpe el problema del alojamiento, algo igual de complicado entonces que hoy. Porque, a pesar de las permanentes obras y de los ambiciosos planes urbanísticos, Madrid apenas había ganado terreno. Para los ciento setenta mil habitantes solo existían siete mil casas agolpadas dentro de la vieja cerca levantada por Felipe IV en el ya lejanísimo 1625, un recinto prieto y abigarrado de apenas trece kilómetros de circunferencia.

La oferta de hosterías y mesones era también escasa, así que muchos recién llegados tenían que competir por un catre en las llamadas posadas secretas, casas particulares que atraían a los huéspedes con un papel amarrado a la esquina del balcón. Pagaban cinco reales diarios, consultaban la Guía de solicitantes, que anunciaba los empleos de la corte, y soñaban con un futuro mejor. Era esta una opción para los que sabían leer y traían una pequeña bolsa de dinero. Al resto solo le quedaba buscar refugio bajo un techo de esparto en las barriadas de chabolas que iban surgiendo a extramuros, en descampados inhóspitos salpicados de muladares y que respondían a nombres de extraña etimología: Chamberí, Injurias o Peñuelas. Y confiar en la lotería.

Madrid tenía fama de ser una ciudad de militares, funcionarios, lacayos y curas. Era una fama justificada. Había estacionados tres regimientos de infantería, uno de caballería y un batallón de voluntarios, con un total de quinientos oficiales y ocho mil soldados. Había también más de cinco mil funcionarios